

El Sur
7 Mayo 1961

Crónica Literaria

Por Alfredo Lefebvre

AGRADEZCO a Sergio Vodanovic y a Braulio Arenas la invitación a decir unas palabras en esta sesión inaugural del Segundo Taller de Escritores, porque estimo honroso participar en esta empresa única de la Universidad de Concepción. Cuando el país se informó el año pasado del nacimiento de esta feliz idea de Fernando Alegria, llevada luego a una plena realidad por la decisión del señor Rector, surgieron encontradizas opiniones. Frente a la variedad de juicios difundidos por la prensa, o circulantes de uno a otro oído, clarividentes unos, pintorescos y arbitrarios otros, y hasta algunos indignados, no quedaba sino una sola respuesta: ofrecer la existencia misma del Taller, su propia vida, sus frutos de creación literaria, y una fuerza llena de nobleza que lo iba caracterizando: la comprensión creciente y la amistad cordial que nacieron entre todos los escritores que formaron el primer grupo de la gran aventura.

Y vino a ocurrir que la presencia del Taller, en la ciudad de Concepción, fue una lección de dignidad ejemplar. El Taller de Escritores rompió con la desolación humana en que suele vivir en Chile y casi en todo el continente, el hombre que escribe. Nuevamente la Universidad tomó conciencia de la misión de las letras. Ya la había revelado con los encuentros de escritores que concibió Gonzalo Rojas. En esas ocasiones, el poeta, el novelista, el dramaturgo, y el ensayista, dijeron lo que pensaban sobre diversos asuntos y se enfrentaron con el medio, con sus lectores, con el público, conviviendo con los ricos y con los pobres. Después, el encuentro iba a ser de otra especie: iba a ser del escritor consigo mismo en su tarea de creación, y algo más: éste tendría que soportar la crítica de sus compañeros de oficio y, a la vez, pronunciarse sobre la obra del vecino.

El significado de esta interacción —a veces tensa—, no constituiría un influjo de unos sobre otros, sino algo muy distinto, y fue lo que ocurrió; a saber: una economía de trabajo, al ponerse en evidencia la problemática de cada caso, con lo cual se excitaba la necesidad de perfeccionar el texto en entredicho. Creo que un análisis de esta situación sería el más luminoso argumento para explicar lo que es un Taller y su alta legitimidad como instrumento adecuado para vivificar e imprimir aceleración al arduo ejercicio de las letras. No voy a intentar aquí y en este momento dicho análisis. Sólo quiero hacer presente al nuevo grupo de escritores, en quienes ha caído la responsabilidad de continuar esta empresa de la Universidad, que son miles los que están pendientes de sus nombres, y que frente a la opinión, a la curiosidad y a los probables destellos publicitarios que la presencia del Taller provoca, sólo importa una sola cosa: la fidelidad a la obra que cada uno va a desarrollar. Que el amor con que se vayan gestando las bellas criaturas del entendimiento tenga el sabor de la vida, la claridad de alguna esperanza, o, al menos, las ansias sinceras por decir algo cierto, verdadero, que pueda ser un testimonio de lo bueno y de lo hermoso que se pueda encontrar en el mundo. El artista tiene la obligación de dar testimonio algún día de la altura y profundidad que se esconden hasta en la más miserable existencia. Los más desesperados escritores, los que usaron la más negra tinta para interpretar la vida, los amores, o los atisbos de lo absoluto, dejaron un destello inagotable de nobleza, el oro fino de una palabra que llamaba a los hombres a una comprensión fraterna, y el oro más radiante de una paz profunda, que por no haberla ellos tenido, su presencia se hizo ostensible en las almas de quienes leyeron las palabras creadas por el artista.

Porque la sinceridad del que escribe engendra vida en el que recibe las palabras. La violencia de sus pensamientos purifica las mentes. El esplendor de su estilo despierta el corazón de los débiles, anima a los pusilánimes y permanece para siempre. Nunca puede el escritor medir su poder de ir cambiando el mundo ni tampoco el acto de amor que cumple con un canto nuevo. Estamos sumidos en una época, en la cual el poder del dinero, de la política y de la técnica parecen determinar el sentido de la historia. Pero hay un lugar al cual no tienen acceso esos poderes. Este lugar secreto es el espacio inmenso de las páginas de un libro que fue escrito con todas las fuerzas de la libertad creadora del artista, porque el ejercicio literario es esencialmente ejercicio de libertad, y no hay potencia capaz de alterarla en el escritor auténtico, insobornable, hijo de la fidelidad consigo mismo.

Si un artista somete su arte a propios intereses o a ideologías, a conveniencias o partidismos, está traicionando su propio destino y destruye los caminos de su expresión. Las ideas, las concepciones de tal o cual filosofía no son sino la materia viva sobre la cual el artista va a imprimir una forma creadora, mediante el oficio literario. Si el pensamiento religioso, político, o económico del autor es connatural a su persona, le servirá como un valor imponderable para orientarse en la vida y en el arte, pero nunca debe constituir la tesis de la novela, del poema o del drama, porque entonces somete la libertad creadora al servicio de una doctrina, y así disminuye la imaginación y se limita el alcance expresivo de la obra.

Otra de las experiencias valiosas del Primer Taller fue precisamente la posibilidad continua que se probaba de dejar a los escritores entregados a su libertad sagrada, y la práctica mantenida por los diversos miembros del Taller, quienes nunca desviaban la vivencia creadora con los resabios personales de sus diversos pensamientos. La interacción crítica permitía todo el tiempo el vislumbre del bien propio de cada trabajo, de tal modo que la propiedad, armonía e integridad de cada texto primaba como necesidad esencial y reguladora del proceso de la elaboración.

En estos años difíciles de nuestra patria, la presencia de este nuevo grupo de escritores no es un azar ni mucho menos un lujo de mecenazgo. Este grupo del Segundo Taller representa la voluntad universitaria de querer continuar ahondando en una empresa vitalizadora de las letras nacionales, representa la comprensión de una jerarquía de valores, cuya primacía es la del orden humanístico, y representa asimismo una conciencia de chilenidad que busca los medios adecuados para descifrar el sentido de nuestra patria. Es en ella donde tenemos puestas nuestras más ardientes miradas. Chile es esta luz difícil que nos alumbró. A ustedes, jóvenes escritores, corresponde el honor de llevarla al mundo, con palabras que revelen, con palabras que descubran destino ya por certezas, ya por protesta, ya por ira y rebeldía, pero de tal modo que la tarea y sus frutos cumplan aquellas palabras de Gabriela Mistral, cuando escribió que esta patria nuestra, esta tierra y esta gente eran la voluntad de ser. Y este significado, entre nosotros, tiene una presencia inaudita en el hombre que escribe, porque su tarea es justamente una urgencia metafísica de definición profunda, sobre una tierra que se hunde, con un dolor y una alegría que para siempre se llamará Chile.